OBRAS BREVES DE
JACQUES
MARITAIN

039-Pd-1

EL CRISTIANISMO Y LA DEMOCRACIA

Jacques Maritain

(Transcripción del manuscrito de la conferencia que Maritain dictara en Nueva York, el 29 de Diciembre de 1949, en la reunión anual de la Asociación Americana de Ciencias Políticas)

A León Bloy, escritor francés que se llamaba a sí mismo 'Peregrino de lo Absoluto', y que fuera un muy querido amigo mío, le encantaba contar la siguiente historia:

Una vez, siendo joven, se encontraba en una mesa de un café con un poeta amigo, Villiers de l'Isle-Adam. Pasó por allí un hombre práctico que lo conocía, quien con una sonrisa patrocinadora le dijo: –*"¿Siempre poeta, amante de la belleza, siempre subiendo a las nubes?"* A lo que Villiers contestó maliciosamente: –*"¿Y usted, mi querido amigo, siempre en su camino descendente?"*.

A Bloy también le gustaba comentar los lugares comunes del lenguaje ordinario. Muchas personas que son buenos paganos pero que quieren ser asistidos por la religión en su lecho de muerte, se atreven a decir: *"No quiero morir como un perro"*. León Bloy comentaba: *"Nunca entendí por qué un hombre que vive como un cerdo no quiera morir como un perro"*.

Estas historias no tienen conexión con el propósito de nuestra reunión, salvo como preocupación por el hecho de que cualquiera discusión sobre materias religiosas debe ser muy prudente, educada e inofensiva.

Antes de entrar en el tema quisiera hacer dos observaciones preliminares.

La primera se refiere a las formas en que el cristianismo actúa en la historia terrestre. El cristianismo interviene en la vida social de acuerdo a dos modos de acción muy diferentes, que podrían ser llamados el 'movimiento desde arriba' y el 'movimiento desde abajo'.

El 'movimiento desde arriba' consiste en la germinación de las enseñanzas de la Iglesia, que están esencialmente referidas a la verdad revelada y a la vida eterna, pero que también están preocupadas con los supremos principios morales que gobiernan sobre los asuntos de la comunidad humana. En lo que se refiera a la Iglesia Católica, por ejemplo, su bien conocida doctrina social ha sido enseñada por medio de encíclicas papales ya por tres cuartos de siglo.

El 'movimiento desde abajo' consiste en la germinación producida naturalmente en las profundidades de la conciencia secular y temporal bajo los estímulos del fermento cristiano. Tal germinación tomó múltiples formas, siendo algunas veces desfigurada por errores. Desde los tiempos de Juan Jacobo Rousseau en adelante, el mundo ha contemplado un extenso proceso de secularización del Evangelio, en el cual el bien y el mal han sido entremezclados y desarrollados juntos. No obstante ello, ese mismo proceso es inconcebible sin el elemento cristiano del cual brota nuestra civilización.

Es al factor básico en este segundo movimiento, en el 'movimiento desde abajo', consistente en el despertar de la conciencia secular a causa del fermento cristiano en acción en la historia, al que me referiré especialmente en esta presentación.

La segunda observación preliminar tiene que ver con el hecho de que las teorías filosóficas – digamos, por ejemplo, la filosofía de John Locke – que prepararon la formulación ideológica de la aspiración democrática, y que estaban lejos de ser filosofías cristianas – en realidad, eran filosofías empiristas y racionalistas –, debieran ser distinguidas claramente del contenido real de la democracia, así como del desarrollo creciente de la conciencia común y de la experiencia moral común de las que el advenimiento de la democracia en la historia moderna depende actualmente.

Mi punto de vista es que este profundo proceso histórico ha sido presa de graves errores ideológicos, por filosofías no-cristianas y a veces anti-cristianas vinculadas a coyunturas políticas y culturales transitorias. Para desgracia y confusión de las ideas del mundo moderno, Rousseau y Kant vistieron el pensamiento democrático con sus fórmulas sentimentales y filosóficas. Sin embargo, sabemos "cuánto debía Kant al pietismo luterano y Rousseau al juego entre protestantismo y catolicismo" (Henri Bergson).

De hecho, este profundo proceso histórico ha sido la propia transformación de la conciencia secular ocurrida bajo la influencia del Evangelio a que me he referido previamente. Chateaubriand estaba consciente de eso. Los Padres de la democracia americana también lo estaban. Como dijera el filósofo francés Henri Bergson, el sentido o sentimiento de la democracia, por su propia naturaleza, es un sentido o sentimiento evangélico, el poder que la anima es el amor, su esencia es la fraternidad, su verdadera fuente es la inspiración evangélica.

* * *

El cristianismo ha anunciado a los pueblos el reino de Dios y la vida por venir, les ha enseñado la unidad del género humano, la igualdad de naturaleza de todos los hombres, hijos del mismo Dios y reunidos por el mismo Cristo, la dignidad inefable de cada alma creada a imagen de Dios, la dignidad del trabajo y la dignidad de los pobres, la primacía de los valores interiores y de la buena voluntad sobre los valores externos, la inviolabilidad de las conciencias, la exacta vigilancia de la justicia y de la providencia de Dios sobre grandes y pequeños.

El cristianismo ha proclamado que, donde se encuentren el amor y la caridad, está Dios, y que depende de nosotros hacer de cada hombre nuestro prójimo, amándolo como a nosotros mismos y teniendo compasión de él, es decir, de algún modo muriendo en nosotros mismos por él.

¿Cuáles son los pensamientos y las aspiraciones que el mensaje cristiano ha despertado poco a poco en las profundidades de la conciencia de los pueblos y que camina bajo tierra durante siglos antes de manifestarse? Por muy mal comprendidos que hayan sido o por muy deformados que estén después de ese viaje oscuro en la conciencia profana, esas son las verdades de origen evangélico a las que esa conciencia ha unido e identificado la idea misma de civilización.

Si tratamos de considerarlos en ellos mismos, separándolos de cualquier contexto erróneo, podemos decir que, en virtud del trabajo oscuro de la inspiración evangélica, la conciencia profana ha comprendido que la historia humana no gira en círculo, sino que está orientada a un final y progresa en una dirección. El progreso no es automático y necesario, sino que está amenazado y obstaculizado; tiende a hacer pasar las estructuras de la conciencia y las estructuras de la vida humana a estados mejores y esto a lo largo de la historia. Y lo que ha adquirido la conciencia profana, si no vira hacia la barbarie, es la fe en la marcha hacia adelante de la humanidad.

Bajo la inspiración evangélica, la conciencia profana ha comprendido la dignidad de la persona humana y también que la persona, aunque forma parte del Estado, trasciende al Estado por el misterio inviolable de su libertad espiritual y por su vocación a los bienes absolutos. Lo que la conciencia profana ha adquirido, si no gira hacia la barbarie, es la fe en los derechos de la persona humana

en tanto que persona humana, en tanto que persona cívica, en tanto que persona comprometida en la vida social y económica, en tanto que persona obrera; y también la fe en la justicia como fundamento necesario de la vida en común y como propiedad esencial de la ley, que no sería ley si fuese injusta.

Bajo la inspiración evangélica que trabaja en la historia, la conciencia profana ha comprendido la dignidad del pueblo. El pueblo no es Dios, el pueblo no es razón infalible y virtudes sin tacha, la voluntad del pueblo o el espíritu del pueblo no son la regla de lo justo o lo injusto. Pero el pueblo es el cuerpo lentamente formado y preparado de la humanidad común, el patrimonio vivo de los dones comunes y de las promesas comunes hechas a la criatura de Dios. Lo que la conciencia profana ha adquirido, si no se vuelve hacia la barbarie, es el sentido de la igualdad de naturaleza entre los hombres y de la igualdad relativa que la justicia debe crear entre ellos y la convicción de que, a través de las desigualdades funcionales requeridas por la vida social, la igualdad debe establecerse a un nivel más alto y fructificar en la posibilidad, accesible a todos, de una vida digna del hombre, y en el disfrute, asegurado a todos, de los bienes elementales, materiales y espirituales, de esa vida y en la real participación de cada uno, según sus capacidades y méritos, en la actividad común y en la herencia común de la civilización.

En virtud del trabajo oscuro de la inspiración evangélica, la conciencia profana ha comprendido que la autoridad de los gobernantes, por lo mismo que procede del autor de la naturaleza humana, se dirige a hombres libres que no pertenecen a un dueño y se ejerce en virtud del consentimiento de los gobernados. Las prescripciones de la autoridad obligan en conciencia porque tiene su fuente en Dios, no en el hombre; ningún hombre ni ningún grupo social tiene por sí mismo el derecho de mandar a los demás. Los jefes del pueblo reciben este derecho del príncipe creador y conservador de la naturaleza por los canales de la naturaleza misma, es decir, por el consentimiento o la voluntad del pueblo o del cuerpo de la comunidad, en virtud del derecho al auto-gobierno que pertenece al pueblo.

Es precisamente como vicarios o representantes de la multitud como los que detentan la autoridad dirigen a la multitud, y es hacia el bien común de la multitud hacia donde deben dirigirla.

Lo que la conciencia profana ha adquirido, si no torna a la barbarie, es la convicción de que la autoridad o el derecho de ejercer el poder no es detentado por los gobernantes de la comunidad terrena, sólo porque se expresa en ellos el consentimiento común y porque han recibido su cargo del pueblo y es convicción de que el estado normal al que deben tender las sociedades humanas es un estado donde el pueblo actúa como una persona adulta o mayor de edad en la vida política.

En virtud del trabajo oscuro de la inspiración evangélica, la conciencia profana ha comprendido que el dominio político y los pertrechos de carne y sangre de las cosas que son del César deben al menos estar sometidos a Dios y a la justicia; ha comprendido que todo el arte de dominar y todos los crímenes que los príncipes y los jefes de las naciones realizan para conquistar y afirmar su poder, bien pueden otorgarles poder, pero fatalmente se giran para provocar la desgracia de los pueblos.

El maquiavelismo y la política de dominio, para las que la justicia y el derecho son un medio seguro para perderlo todo, son los enemigos natos de una comunidad de hombres libres. Lo que la conciencia profana ha adquirido, si no vuelve a la barbarie, es la condena de la política de dominio y de los medios inicuos y perversos en la conducta de las naciones, el sentimiento profundo de que la justicia es lo que alimenta el orden y la injusticia el peor desorden, y la convicción de que la causa del bien y de la libertad del pueblo y la causa de la justicia política están substancialmente unidas.

Bajo la inspiración evangélica, a menudo desfigurada, pero siempre en acción, la conciencia profana no sólo se ha despertado a la dignidad de la persona humana, sino también a las aspiraciones y al impulso que trabajan en sus profundidades. La persona, raíz de independencia por ella misma, pero sumergida en las contradicciones de la naturaleza material en el hombre y fuera del hombre, tiende a superar esas contradicciones y a ganar su libertad de expansión. Cuando se sabe que todos hemos sido hechos para la felicidad, no se tiene miedo de la muerte y no hay resignación ante la opresión y la esclavitud de los hermanos y se aspira, para la misma vida terrestre de la humanidad, a un estado de emancipación conforme a su dignidad.

Lo que la conciencia profana ha adquirido, si no gira a la barbarie, es el sentido de la libertad y la convicción de que la marcha hacia adelante de las sociedades humanas es una marcha hacia la conquista de la libertad, conforme a la vocación de nuestra naturaleza.

En fin, bajo la inspiración evangélica que trabaja en la historia, la conciencia profana ha comprendido que en las desgracias y los dolores de nuestra existencia, aplastada por las leyes de bronce de las necesidades biológicas y por el peso del orgullo, de la injusticia y de la maldad de los hombres, un único principio de liberación, un único principio de esperanza, un único principio de paz, puede levantar la masa de la iniquidad y de la maldad y triunfar sobre ella, porque ese principio desciende a nosotros desde la fuente creadora del mundo y es más fuerte que el mundo: el amor fraternal, del que el Evangelio ha promulgado la ley, para escándalo de los poderosos y que es, como bien sabe el cristiano, la caridad misma de Dios difundida en los corazones.

La conciencia profana ha comprendido que en el mismo orden temporal, social y político, no solamente la amistad cívica, como ya los antiguos filósofos habían reconocido, es el alma y el vínculo constitutivo de la comunidad social (si la justicia tiene importancia como condición necesaria que hace posible la amistad), pero esa amistad cívica en sí misma no puede surgir en el interior de un grupo social, más que si un amor más fuerte y universal, el amor fraternal, se da en ella y si, al convertirse ella misma en fraternidad, no desborda los límites del grupo social para extenderse a todo el género humano. Una vez que el corazón del hombre ha sentido el frescor de esta esperanza terrible, queda turbado para siempre. Si yerra al reconocer sus fuentes y sus exigencias sobrehumanas, corre el riesgo de pervertirse en él y de convertirse en violencia dirigida a imponer a todos «la fraternidad de la muerte». Qué desgracia nos caería si la despreciamos y llegamos a quitar a la raza humana esa esperanza de fraternidad.

Esta esperanza ha sido exaltada por ella, y no la perderá más que convirtiéndose en más salvaje que antes. Esa esperanza pide heroísmo y tiene una fuerza divina para transformar la historia humana.

Lo que la conciencia profana ha adquirido, si no regresa a la barbarie, es la fe en la fraternidad humana, el sentido del deber social de compasión por el hombre en la persona de los débiles y de los que sufren, la convicción de que la obra política por excelencia es convertir la misma vida común en mejor y más fraternal.

Las ideas y las aspiraciones de las que acabo de hablar caracterizan el estado del espíritu democrático y la filosofía democrática del hombre y de la sociedad. Bajo la acción del fermento evangélico que trabaja en el mundo es como se han formado en la conciencia profana. Por efecto de la más absurda de las contradicciones históricas han sido a lo largo del siglo XIX sobre todo en Europa, insertadas en la llamada filosofía de la emancipación del pensamiento, que los vacía de toda sustancia, los niega y los desagrega, pretendiendo «apagar las estrellas» en nombre de la ciencia y haciendo del hombre un simio sin alma en el que el azar de las mutaciones zoológicas ha tenido éxito. Sin embargo, esas ideas y aspiraciones por ellas mismas permanecen y permanecerán siempre esencialmente unidas al mensaje cristiano y a la acción de estimulación secreta que este ejerce en las profundidades de la conciencia profana y del mundo.

Por esto he dicho antes que el empuje democrático ha surgido en la historia como una manifestación temporal de la inspiración evangélica.

No solamente el espíritu democrático procede de la inspiración evangélica, sino que además no puede subsistir sin ella. Para conservar la fe en la marcha hacia adelante de la humanidad, a pesar de todas las tentaciones de desesperar que nos proporciona la historia, y singularmente la historia contemporánea; para tener fe en la dignidad de la persona y en la humanidad común, en los derechos humanos y en la justicia, es decir, en valores esencialmente espirituales; para tener, no de un modo formal, sino en realidad misma, el sentido y el respeto de la dignidad del pueblo, que es una dignidad espiritual que se revela a quien la sabe amar; para sostener y avivar el sentido de la igualdad sin caer en un igualitarismo nivelador; para respetar a la autoridad, sabiendo que quien la detenta no es más que un hombre, como aquellos a quienes gobierna y que la tiene su cargo debido al consentimiento o a la voluntad del pueblo, de la que es vicario o representante; para creer en la

santidad del derecho y en la fuerza de la justicia política, real aunque a largo plazo, ante los triunfos escandalosos de la mentira y de la violencia; para tener fe en la libertad y en la fraternidad, hace falta una inspiración heroica y una creencia heroica que fortifiquen y vivifiquen la razón y que nadie excepto Jesús de Nazaret ha incitado en el mundo.

La democracia vive de la justicia y la ley. Si no existe una ley moral superior en virtud de la cual los hombres se dirigen en conciencia hacia lo que es bueno y justo, se corre el riesgo de alzar la ley de la mayoría como regla suprema del bien y el mal, y la democracia pasa a ser culpable de volverse hacia el totalitarismo, esto es, hacia su autodestrucción.